

W: H31
Suscripción en
oda España, 5
pesetas al año.
Idem en el ex-
tranjero, 8 fr.

LOS SUCESOS

1: Junio 1913
Toda la corres-
pondencia debe
dirigirse al
Apartado de Co-
rreos núm. 347.

En todas partes cuecen hubas.

¿Quién no recuerda aquellas defi-
niciones de "cangrejo, copa y cam-
pana", con que se hacía burla al Dic-
cionario de la Real Academia Espa-
ñola?

Cangrejo.—Pez colorado que anda
hacia atrás.

Copa.—Especie de campana vuel-
ta hacia arriba.

Campana.—Especie de copa vuelta
hacia abajo.

Esto se le achacaba á nuestro dic-
cionario, y los franceses, que tam-
bién tienen su Academia y que no
quieren que nadie sea más que ellos,
y que no permiten que ningún Dic-
cionario tenga tres barbaridades si
ellos tienen dos, se dijeron:

Nuestros inmortales saben hacer
las cosas como es debido, y su Dic-
cionario se las trae.

Véase la clase:

Después de definir la palabra
puente se encuentra:

Puente levadizo.—Especie de puen-
te que se levanta y se baja.

Puente durmiente.—Puente leva-
dizo que no se levanta.

Que viene á ser así como colgan-
te que no cuelga, manta que no co-
bija y tapadera que no tapa.

El que quiera saber lo que es un
dromedario, no tiene más que abrir
el Diccionario francés de la Acade-
mia, y aprenderá lo que es.



El príncipe de Cumberland,
muerto en un accidente de au-
tomóvil.

Dromedario.—Especie de camello
con una sola jiba.

Y camello.—Cuadrúpedo que tiene
dos jibas en la espalda.

Los franceses no permiten que se
les achique en nada.

El príncipe de Cumberland.

Con la muerte del rey de Dina-
marca, gran número de cortes de
Europa están de duelo.

Otra muerte acentúa el luto de
otras dos familias reinantes, la da-
nesa y la inglesa.

Dirigíase el príncipe Jorge de
Cumberland en su automóvil para
asistir á los funerales del rey Fede-
rico VIII, cuando un accidente en
el vehículo, ocurrido cerca de Frie-
sack, en la frontera de Mecklenbur-
go, le causó la muerte.

Era el príncipe Jorge Guillermo,
sobrino de la reina Alejandra de In-
glaterra, é hijo mayor del duque de
Cumberland, y de la princesa Thyra
de Dinamarca, que es la hermana
menor de la reina Alejandra.

Era, por consiguiente, bisnieto del
rey Jorge III de Inglaterra.

El príncipe, que era soltero, ha
muerto á la edad de treinta y dos
años.

A LOS FOTOGRAFOS

Como siempre, seguimos pagando
todas las fotografías y retratos de
actualidad que nos envían y publi-
quemos.

Ahora, como siempre, este perió-
dico no tiene preferencias por nin-
gún asunto determinado. Basta que
la fotografía sea interesante.

¡Pobres mujeres!

¡Nada, que estoy convencido,
porque es cosa demostrada,
de que, soltera ó casada,
toda mujer ha venido
al mundo á ser desgraciada!

Ellas, por lo regular,
lamentando su destino,
echan la culpa á su sino,
ó á los hombres, que, al pasar,
encuentran en su camino.

Pero en eso, francamente,
hay mucha exageración,
porque es claro y evidente
que el hombre, ordinariamente,
las quiere de corazón.

No hay, pues, que achacar al hom-
ni al sino su mala estrella. [bre
¡Esas cosas no hacen mella!
¡Su desgracia, aunque la asombre,
está solamente en ella!

La mujer no vive bien,
ni será feliz jamás,
porque es ella misma quien

se empeña en soportar cien
martirios que están demás.

Uno de ellos, y es cuestión
en la que no hay excepción,
es el afán de las modas!...
¡Qué desgraciadas son todas
por esa simple razón!...

Otro martirio tremendo
es el corsé, que las vidas
va acortando y extinguiendo.
¡No han de vivir, pues sufriendo!...
¡No han de estar así oprimidas!...

¡Pues no digo á ustedes nada
los martirios que suponen
llevar la cara pintada
y la cabeza cargada
con todo lo que se ponen!...

No hablemos de los cabellos,
que son su orgullo mayor,
y que podrán ser muy bellos;
pero creo que sin ellos
podrían vivir mejor.

¿Pues qué me dicen ustedes
de los tacones?... ¡A ver
si no es martirio tener
que apoyarse en las paredes
para andar y no caer!

Además, yo no me explico
cómo andar pueden al pelo,
llevando un bolso hasta el sueto,
la sombrilla, el abanico,
y los guantes y el pañuelo.

Y encima de este "surtido"
hay quienes habitualmente
aún recógense hábilmente
con una mano el vestido
si en la calle hay barro ó... gente.

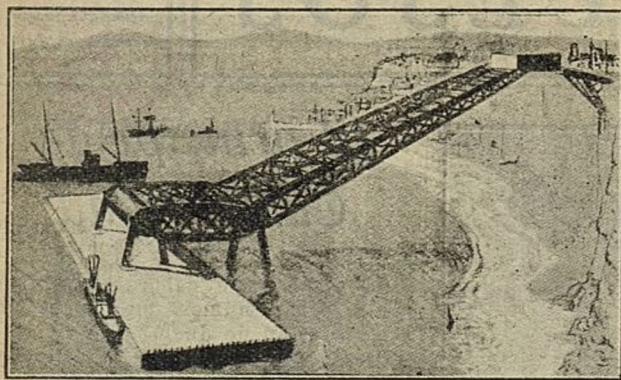
Queda, pues, lector, probada
la tesis que he sostenido,
de que, soltera ó casada,
cada mujer ha venido
al mundo á ser desgraciada.

No faltaba para que
fuera el suplicio mayor,
más que la falda "entrevée";
y, como ya ha visto usted,
¡la adoptaron con ardor!

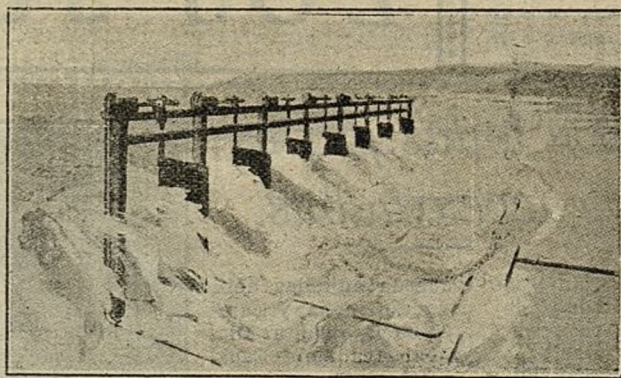
Hemos, pues, de convenir,
en que, así martirizada,
la mujer es desgraciada,
y en que ese horrible sufrir...
¡á ella la tiene encantada!

PIO GRACO.

El sol, el viento y el agua, como motores.



Aparato de Beliard para subir agua.



Máquina de Reynold para aprovechar las mareas

Mentira parece que después de tantos siglos que se conoce la fuerza del sol, del viento y de las olas, la humanidad haya sacado tan poco partido de ellas.

Mucho, sin embargo, se ha adelantado en ello, y son curiosos los experimentos hechos y los aparatos inventados para utilizar esas fuerzas.

Hace algunos años se exhibía en el jardín de las Tullerías, de París, un generador solar inventado por Pifri.

Un colector de rayos solares de tres metros y medio de diámetro en la parte más ancha del reflector recogía los rayos solares, que hacían hervir el agua contenida en una caldera, haciendo un motor de treinta kilogrametros de fuerza, que ponía en movimiento una prensa Marinoni.

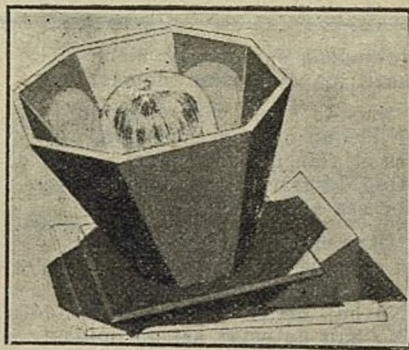
El calor solar es la base del nuevo aparato Funcke. Se utiliza para crear una corriente de aire que hace girar una turbina. El aire es calentado por el sol en un canal colocado en la vertiente meridional de una colina, y termina en un túnel y una chimenea. El motor está en la entrada del túnel, y el canal va cubierto con una substancia que absorbe el calor del sol y que pueda dar energías después de la puesta del

sol. Egipto y la India se utiliza el aparato de Adams, que sirve para cocinar, y que es sumamente simple. Consiste en un recipiente cónico de madera, y lleva en su interior varios espejos y un fanal cilíndrico.



Generador Solar de Pifri.

La base del aparato lleva unas charnelas para poderle dar la inclinación necesaria de manera que los rayos solares caigan siempre perpendicularmente en el recipiente y en la pequeña caldera que lleva en el fondo. Ge-



Aparato para cocinar por el calor del sol en uso en India y Egipto.

neralmente, el aparato se hace octogonal, para que pueda servir cualquier espejo como reflector.

En la India se utiliza muy aménudo, y los soldados suelen preparar su rancho con ellos. En dos horas queda perfectamente cocida la ración de rancho para siete hombres.

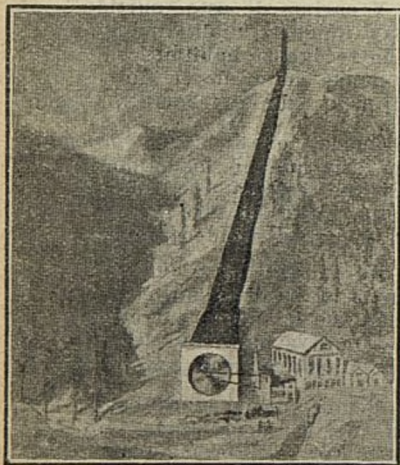
Pasan de ciento las máquinas y los aparatos inventados para utilizar la fuerza del aire; y de las olas, entre otros, citaremos el de Brossell, que

consiste en un depósito flotante cubierto en la parte superior y abierto en el fondo. La cubierta va siempre sobre el nivel del agua y el fondo debajo del nivel. Una válvula permite la entrada del aire, mas no la salida, y el movimiento de las olas comprimen el aire del interior, que se ve forzado a salir por un tubo de escape que va al exterior y pone en movimiento el motor.

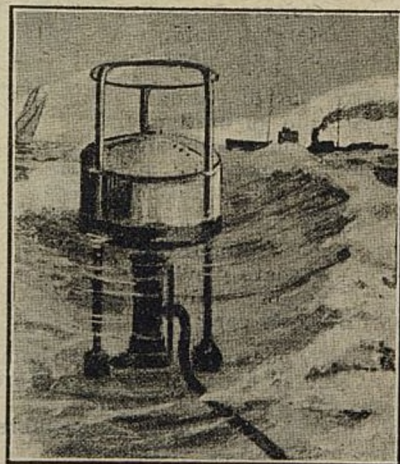
Otros dos inventos que utilizan la fuerza de las mareas, son el aparato de Reinold y el de Beliard.

En el primero, la fuerza de las mareas actúa en una serie de esclusas combinadas con bombas de aire, y el continuo movimiento de las ondas esple el aire, que hace funcionar los motores en la orilla.

El último aparato no ha sido inaugurado aún, y es la invención de Mr. Octavio Beliard, y consiste, como puede verse por nuestro grabado, en una enorme balsa, que, por su movimiento de sube y baja, se llena de agua, que va a parar por medio de unas pipas a un depósito colocado en la costa. El montaje de este aparato es largo y costoso; pero una vez establecido, no tiene gasto alguno, pues la Naturaleza solamente se encarga de hacerle funcionar.



Aparato de Funcke, para aprovechar el calor solar.



Invento de Brossell para utilizar la fuerza de las olas.

¿ES USTED REALMENTE BELLA?

¿Es usted realmente bella? Si su cara resiste el examen del kalómetro, sí.

El kalómetro, ó medidor de la belleza, es un aparatito inventado por la ciencia fría y calculadora, que sirve para decir al artista, si la cara que aparece á primera vista bonita, es realmente bella.

Es muy posible, querida lectora, que seas bonita, que seas encantadora, irresistible, y pueda ser, aunque no lo creo, que no seas realmente bella.

Se puede tener una cara muy linda, irresistible en efecto, y quizás las facciones no sean regulares.

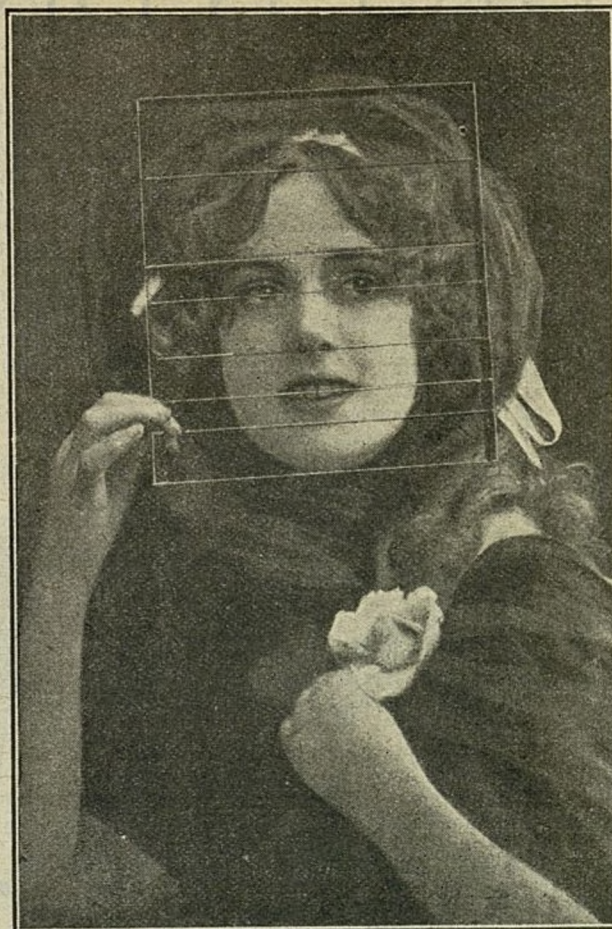
Pero la belleza exige perfección, simetría, proporción en las formas, y ésto es lo que indica el kolómetro, aparatito que se puede construir con cuatro pedacitos de madera, con el marco de un cuadro ó de un espejo, y con unos cuantos alambres transversales; es decir, que el tamaño del kalómetro debe ser lo suficientemente grande para encuadrar una cara, como indicamos en nuestros dibujos.

Los intervalos que debe haber entre los alambres, han sido marcados por el inventor profesor William Barnes Folheringham, fijando así las proporciones de las bellezas clásicas.

El punto de partida es la línea de



La Fornarina sometida al examen del kalómetro.

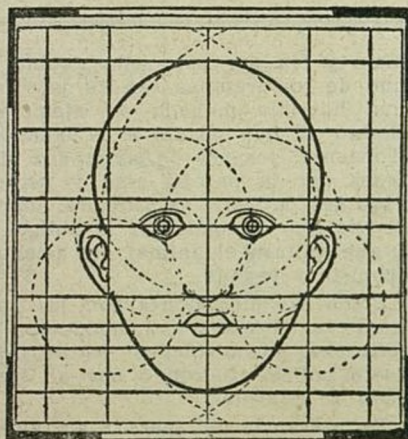


Modo de colocar el kalómetro para medir la belleza

los ojos, que al colocar el aparato debe de pasar por las pupilas.

La barra siguiente, debajo de ésta, indica el punto donde debe terminar la nariz, la distancia entre estos dos alambres debe ser de 46 milímetros. Debajo de esta línea colóquese la de la boca, á la distancia de 19 milímetros. Esta línea en una cara perfecta debe pasar por entre los dos labios, de comisura á comisura.

Desde esta línea al extremo inferior de la cara, es decir, hasta la ter-



Esquema indicador de las proporciones del kalómetro.

minación del mentón debe haber una distancia de 50 milímetros, indicado por el marco inferior del kalómetro. A la distancia de 15 milímetros debajo de la línea de la boca, va otro alambre que indica el punto de unión del labio inferior con la barbilla.

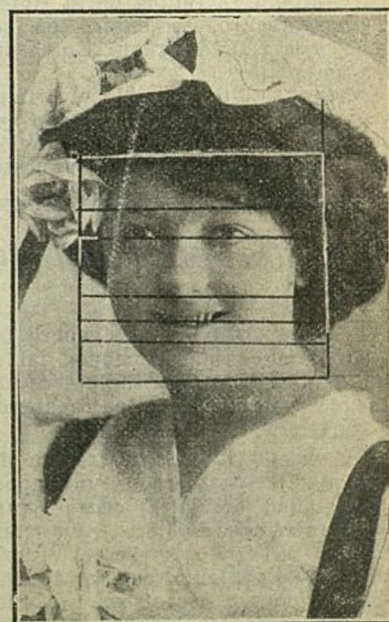
Sobre la línea del ojo va otro alambre separando el primero por una distancia de 19 milímetros que es la distancia que debe haber entre las pupilas y las cejas.

Otro alambre, el más alto de todos se colocará á la distancia de 46 milímetros sobre el último indicado, el de las cejas, á indica la parte media de la frente.

Síganse bien estas indicaciones y se obtendrá un kalómetro perfecto.

La persona que quiera darse cuenta de lo que se acerca á la belleza perfecta, colóquese delante de un espejo, ponga el kalómetro en la cara, y mirando recto, haciendo pasar la línea principal por las niñas de los ojos, véase si las demás corresponden á las indicaciones dadas.

El hacer este experimento necesita de cierta abnegación y valor, pues asegura el profesor Folheringham, que la verdadera perfección facial sólo se encuentra en dos personas por cada millón.



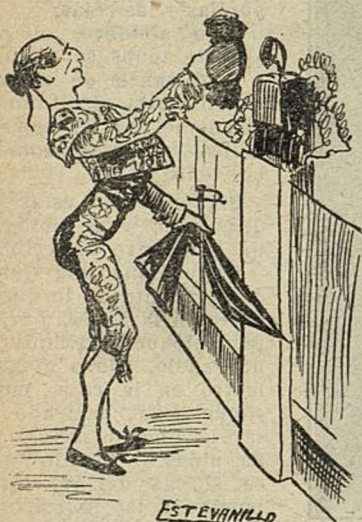
El kalómetro ajusta en la cara de Pepita Mellá.

LA VIDA EN BROMA

Nuestros grandes inventos.

Aunque rápida y fugaz, como una onda etérea (¡estilo Maura!), la visita del famoso Marconi á Madrid ha servido para estimular la afición á los grandes inventos, afición que estaba dormida como cualquier expediente en tramitación.

Debemos, pues, regocijarnos todos de que el inventor de la telegrafía sin hilos ni postes, el inmortal Marconi, haya pasado por esta corte y



asistido á una corrida de toros, en la que el "Gallito", dándose las de entender en aquel ramo, le brindó un toro, utilizando ya la telegrafía sin hilos.

Y digo yo que debió ser la telegrafía sin hilos porque al brindar, se lo, Marconi ya estaba en el Hotel, y, sin embargo, se enteró en seguida, y le mandó al diestro una petaca de plata.

Luego "Gallito" ha sido el primer torero español que ha empleado ese prodigioso sistema de comunicación para brindar un toro. Por supuesto,

que el "Gallo" hay días que también quiere emplear el mismo invento para despachar sus reses. Y, francamente, por el telégrafo sin hilos todavía no se sabe que se puedan matar toros.

Yo lo que siento es que Marconi no se haya detenido un poco más en Madrid, para conocer algunos de nuestros inventos notables, "la rata mecánica", por ejemplo, y un modelo del famoso "Don Toribio sacando la lengua".

Viendo estos y otros inventos curiosos, que podemos ofrecer como extraordinarios á los extranjeros, se hubiera convencido de que en España no andamos del todo mal en materia de inventos.

Los tenemos maravillosos y de todas clases. El invento de aguar el vino, que es antiquísimo en nuestro país, no me negará que ha sido de éxito universal y base de muchas fortunas. Seguramente, es el negocio más borracho que se ha hecho aquí.

El de los duros sevillanos es otro, que tampoco en el terreno especulativo tiene nada que envidiar á la telegrafía sin hilos. También ha dado lo suyo, y en éste tampoco se ha podido dar con el hilo... de la falsificación.

El sistema de gobernar una nación sin gobernantes también es invento español, admirado por todas las demás naciones, que se hacen cruces de ese milagro. En eso tenemos patente de invención por muchos años, quizá hasta la consumación de los siglos.

Tenemos también la invención de los caciques, que es exclusivamente española, y á lo sumo, propia no más de los pueblos salvajes. Pero nosotros la hemos perfeccionado.

La invención del "género chico", que es un invento de una sola pieza... con música.

La invención del impuesto de in-

quilinato, que es una especie de transformador de energías, en virtud del cual, los que estaban con Canalejas se pasan á la República.

La ingeniosa invención de los hijos y yernos, que es una especie de acumulador... de empleos, en las familias gobernantes, y de odios en las que pretenden ser gobernadas. (Patente de invención por toda la vida de aquéllos, á pesar de ser tan jóvenes).

Y así, por el estilo, una porción



de novedades y cosas saladasísimas que le hubieran sorprendido como hombre de ciencia y de paciencia.

Ahora, estimulados por el éxito de Marconi, hay algunos inventores españoles devanándose los sesos por inventar algo grande, que los inmortalice y enriquezca.

Pero pocos; porque la generalidad sólo ven un modo de lograr eso, aprovechando una cosa ya inventada y muy corriente.

¡Un acta de concejal!

F. ROIG BATALLER.

Solución de un conflicto

Los dueños, las dueñas, sobre todo de perritos más ó menos falderos, se quejaban en Inglaterra de que no se permitiese á los cachorros en los tranvías.

El Consejo de Administración de la Compañía tranviaria de una importante ciudad británica, acordó que, cuando una miss subiera á un tranvía con su perrito, se le permitiera viajar en el vehículo, con tal de que la dueña pagara por el can un billete como cualquier bípodo.

A los pocos días de conocerse tal determinación, una solterona, femi-

nista y fea por más señas, subió á uno de los tranvías con su perrito, una horrible monada de ejemplar canino, al que instaló á su lado en el asiento, después de pagar dos billetes por la pareja, ama y perro. Pero cuál no sería su asombro, cuando vió que el conductor le obligaba á que quitase el animal del asiento ocupado y pagado.

Como las discusiones con las sufragistas terminan mal, conductor y solterona, acompañados de un robusto policía, fueron á dar al Juzgado de guardia.

En presencia del juez, la sufragista se explicó de este modo:

—Se ha cometido un atropello con mi perro. A iguales obligaciones,

iguales derechos; á mi perro se le ha obligado á pagar; tiene, por consiguiente, el mismo derecho que usted y que yo de sentarse.

—Perfectamente—contestó el juez.—La señora tiene razón más que sobrada. El perro tiene derecho á sentarse, lo mismo que ella y que yo, pero con la condición de que el perro, lo mismo que usted y que yo, no ponga las patitas en el asiento.

La sufragista salió furiosa del Juzgado, gritando:

—Perros de hombres, no tienen idea de lo que es la igualdad.

Y se alejó entonando la jota de "Gigantes y cabezudos", ó su traducción en inglés:

"Si las mujeres mandasen..."

EN BUSCA DE MARIDO



Como para casarse la viuda se mostraba
Difícil en extremo, pues jamás encontraba
Un hombre que en completo llenara su ambición
En el club de mujeres en secreta reunión.

Se reunió la Junta, toda la directiva,
Compuesta de casadas, que dió la iniciativa
De buscar á la viuda un esposo ideal,
Bueno, guapo, elegante, cariñoso y formal.

Todas ellas salieron de su plan encantadas,
Y en teatros y en visitas, buscaban desveladas
El novio de la viuda, con tanta fe y tesón,
Que á los muy pocos días dieron con el filón.

Era un joven completo, un modelo acabado
De muchacho; un encanto, verdadero dechado
De bellas cualidades; el hombre más cabal
Que podía encontrarse, sin tacha y sin igual.

En un baile en el club, por ellas ideado,
El joven á la viuda le estuvo presentado,

Y allí mismo empezaron á entablar relaciones
Cambiando, al poco tiempo, almas y corazones.

La boda en perspectiva; una buena mañana
Fué á verla una amiguita, eterna charlatana,
Y le dijo: "Por fin realizas lo soñado;
Pues gracias á nosotras buen novio has encontrado."

"Nosotras" lo buscamos sin decirte á ti nada,
"Nos" parece ideal, ¡qué fino!, ¡qué monada!
Es muy bueno, muy guapo; es digno de tu amor.
A todas "nos" parece un hombre encantador.

La viuda quedó absorta, ¡"Ellas" me lo han traído!
¡"Ellas" le encuentran guapo! ¡A "ellas" debo el ma-
[rido!
¡Para "ellas" tiene ese hombre mil cualidades bellas!
¡A "ellas" les gusta tanto! ¡"Pues para ellas, para
[ellas."

FERS





EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"



y de grandísima transcendencia que estemos en buenos términos con el príncipe, y que le obsequiemos cuanto podamos. Es cuestión de política, y no de política baladí, y quizás, quizás, de algo más importante que todo eso, te lo aseguro.

Mucho le gustaba á la duquesa enterarse á fondo de todo lo que pasaba, así es que la reticencia de su marido la ponía nerviosa.

—Pero, hombre, ¿no tenemos en Londres siempre al embajador del Japón?—hizo observar la duquesa. Por cierto agradabilísima persona. El barón Hecho es tratado aquí admirablemente, y con seguridad que él está encantado con nuestro trato.

—Todo eso que dices está muy bien; pero no es precisamente de lo que se trata—replicó el duque—. El príncipe Maiyo ha venido aquí con una misión especial, que desconocemos; pero que si sabemos que trae algo secreto del Gobierno de Tokio. Lo que si te puedo asegurar es que es de suma importancia para este país el conquistar las simpatías del príncipe.

La duquesa se sonrió satisfecha, y replicó:

—Pues bien, mi querido Alberto, yo, francamente, no sé qué más vamos á hacer por él. Le convidamos á comer constantemente, procuramos distraerle; no sé, no sé qué más. A él no le gustan los deportes. Lo que si te puedo asegurar es que yo, por mi parte, procuraré serle lo más agradable posible.

—Ya lo sé, querida. Y dime, ¿no habrás invitado á nadie aún?

—A nadie—replicó su esposa—. Sí, á uno; al barón Somenfield; yendo Penélope, no podía dejar de hacerlo.

—Perfectamente hecho; me alegro que Penélope venga. Lo que yo quisiera es que fuese inglesa en lugar de ser norteamericana, y que el príncipe se enamorara seriamente de ella.

—¿Qué cosas dices, hombre! Dejemos al príncipe y las cosas tal y como están, que así están bien.

—¿Querías decirme algo más?—preguntó la duquesa á su marido.

—Sí, otra cosa; que suprimamos la recepción de la próxima semana.

—Bueno, querido, queda suprimida. Con no mandar ninguna invitación, está arreglado. ¿Quieres hacer el favor de tocar el timbre al salir? Tengo que mandar echar estas cartas.

—Serás complacida. Voy al Senado á ver si hay algo por allí.

El duque pidió el automóvil y salió con dirección á la Cámara de los Lores; pero antes se hizo conducir á la Presidencia.

El presidente del Consejo de ministros escribía en su despacho é hizo pasar al duque al momento. Es-

taba impaciente por verle.

En cuanto entró el duque, le preguntó el presidente:

—¿Tiene todo arreglado para que el príncipe Maiyo vaya á su casa la semana próxima?

—Todo está arreglado—replicó el duque—. Vendrá sin falta. Ese joven tiene esa buena cualidad. Jamás falta á una cita. Siempre cumple lo que promete.

El presidente echó mano á un calendario y empezó á recorrer con el dedo las fechas, y luego preguntó:

—¿Tiene usted inconveniente, duque, en que Brasome y yo vayamos también?

—¡Inconveniente! ninguno, mi querido amigo. Mi mujer y yo, encantados. Pero dígame usted. ¿Vale tanto como dicen el joven ese?

El presidente contestó sin contestar.

—Tenemos que hablar largo y tendido dentro de unos días. Me parece que no se ha dado usted cuenta exacta del todo de los asuntos políticos del día. En este momento me traen loco con otras cosas. Ahora mismo acaba de salir de aquí Heseltine, que venía del ministerio de Estado, y me ha dicho que están inundados de cartas y telegramas de los Estados Unidos, tratando de los dos crímenes esos.

El duque afirmó con la cabeza.

—La verdad es que ya es casualidad; que los dos hayan sido americanos.

—Heseltine cree—continuó diciéndolo el presidente del Consejo—que con esa correspondencia se oculta algo.

El Gobierno de Washington guarda cierto misterio sobre la identidad de Hamilton Fynes. Yo he tenido noticias del Scotland Yard, y aunque la reserva de Harvey es grande, me inclino á creer que el tal Fynes...

El presidente se contuvo, como temiendo decir demasiado.

—¿Qué?—preguntó con impaciencia el duque.

—No quiero escurrirme demasiado—dijo el jefe del Gobierno—. Estoy haciendo nuevos descubrimientos y espero llegar á descubrir el fondo del asunto dentro de muy poco tiempo. Lo que si es cierto es que estos dos asesinatos no han tenido igual en Londres desde hace mucho tiempo en lo que se refiere á sangre fría y en diabólica habilidad. La muerte de aquel pobre joven, Vanderpole, es asombrosa. La persona que entró en el automóvil y le asesinó. ¿Cómo entró en el vehículo? Y no es eso sólo. El asesino debía ser amigo ó conocido del muchacho. Alguno que tenía derecho á entrar y á hablarle. Además, y esto hay que tenerlo presente, Vanderpole era un hombre muy alto, muy fuerte, un verdadero Hércules, con una musculatura como

un toro. Cualquiera que hubiera intentado asaltarle directamente hubiera salido volando del auto por la ventanilla. No lo concibo.

—Es el caso más asombroso que he oído en mi vida—replicó el duque.

—Aún hay más—continuó diciendo el presidente—. Hay varias cosas muy parecidas entre los dos crímenes. No solamente han sido los dos asesinatos la obra del más refinado criminal, sino que éste ha tenido que tener unos nervios de hierro y unos músculos de acero, y una fuerza portentosa, en una palabra. Calcule usted los puños que hacen falta para estrangular á Vanderpole con aquella cuerdecita. La puñalada que mató á Hamilton Fynes fué dada con mano maestra. Incomprensible, incomprensible. No me choca que los yanquis anden de cabeza con esos dos crímenes.

—Y á propósito de los yanquis: ¿Qué es lo que dicen? ¿Qué piensan?

—¿Qué quiere usted que digan!—replicó el presidente—. No dicen nada; pero yo sospecho lo que piensan; pero no quiero entretener á usted con esas suposiciones. Si le fuera á usted á contar las teorías de Heseltine y lo que supone, nos diría que hemos estado leyendo novelas terroríficas y estábamos impresionados con su lectura. Creo que todo, absolutamente todo, se aclarará dentro de poco. El enigma quedará resuelto en la próxima semana. Vámonos al Senado.

Espere un momento que dé órdenes á mi secretario.

Aguardó el duque unos momentos mientras el jefe despachaba con el secretario particular, y al cabo de un rato salían juntos.

—¿Quiere usted que vayamos andando, y así damos un paseo, duque?

—Vámonos andando.

—Y charlando. Me agrada charlar mientras voy andando, y, además, lo que tanto á usted como á mí nos hace falta un poco de ejercicio y de aire.

Se cogieron del brazo, y lentamente se dirigieron á la Cámara.

—Oiga, Davenham, hace poco hablabamos del príncipe Maiyo. Pues bien, mi querido amigo, con toda reserva tengo que decirle que de ese joven japonés depende el éxito ó el descalabro de mi administración. Es hasta cuestión de plantear la crisis.

—¿Qué me dice usted?—exclamó el duque asombrado—. ¿Habla usted en serio?

—Muy en serio, sí, señor. Sé perfectamente el por qué ha venido el príncipe á Inglaterra. Trae la misión de ver y decidir qué es lo que más le conviene al Japón: si renovar el tratado con nosotros ó si les convendría más aliarse con cualquiera otra nación de Europa. Ha visi-

tado casi todas las capitales europeas, y es seguro que para esta fecha ya lo tiene estudiado, y ha de terminado lo que hacer. Ya sabe el contenido de su Memoria; pero es imposible sacarle una sola palabra. Es un hombre simpatiquísimo, de lo más agradable que se puede dar; pero es el diplomático más hábil que he encontrado en todos los días de mi vida. Ha estado aquí á comer conmigo, los dos solos, y me ha sido imposible hacerle hablar. Cuando se marchó, después de unas horas de estar juntos, sabía yo tanto como cuando llegó.

—Parece que se encuentra á gusto en nuestro país—dijo el duque.

—No lo sé. Ha recorrido toda Inglaterra. Sé que ha estado en Manchester, en Sheffield, en Newcastle, en Leicester y otra porción de puntos, y quisiera saber qué es lo que ha ido á hacer por provincias.

—A juzgar por lo que yo le conozco, creo que no lo sabremos mientras á él no le dé la gana de decirnoslo—replicó el duque.

—Lo sensible es que creo tiene usted razón, Davenham. Sin embargo, creo que con la ayuda de la duquesa y su sobrina Miss Morse se podría tantear algo, y no es que crea que el príncipe vaya á abrir su pecho y cantar de plano, no; pero, en fin, cualquier palabra, el menor descuido puede servirnos de mucho en las actuales circunstancias. Si, por ejemplo, criticara alguna de nuestras constituciones, sus observaciones pudieran sernos útiles. Ha visitado varias de nuestras capitales de provincias, y una sola frase, una palabra, cualquier cosa, puede sernos interesante. Hasta de un gesto suyo se puede sacar algo.

—Se hará lo que se pueda, amigo mío—replicó el duque—, aunque no cuento gran cosa con mi mujer. De todas maneras se lo indicaré á los dos, sin que nosotros pongamos todo lo que podamos de nuestra parte.

—Eso, desde luego, hay que hacerlo, y por eso precisamente le he dicho á usted que iríamos Bransome y yo.

Si no nos dice nada de aquí á ocho días, antes de que se vaya ya sabremos á qué atenernos. Y acuérdesse de lo que le digo, amigo Davenham. Cuando la crónica moje la pluma y escriba algo sobre nuestro Gobierno, nuestra política exterior se juzgará por nuestra conducta en el Oriente. Y todo eso, todo, depende del príncipe Maiyo. Si renovamos nuestro tratado, podremos ir donde nos dé la gana en Asia, si no lo hacemos, y más, si es porque ellos no quieren, podemos tener gravísimos asuntos.

—Bueno—exclamó el duque arrojando la punta de su cigarro—. Se hará lo que se pueda. El príncipe es sumamente amable; veremos lo que sacamos de él.

—Su amabilidad, precisamente—dijo el jefe del Gobierno—es lo que á mí me preocupa.

CAPITULO XVIII

Siguiendo la pista.

Mister James B. Coulson estaba tan á sus anchas en el Grand Hotel de París, como en el Saboya, de Londres. Se pasaba casi todo el día en el café del hotel, donde constantemente encontraba compatriotas, con quienes bebía y acompañaba á los teatros. En cuanto á sus negocios, los hacía durante algunas horas del día. Constantemente enseñaba Memorias y planos de maquinarias



relativos á la fabricación de telas de lana y filaturas, de lo que siempre hablaba con verdadero entusiasmo.

No era Coulson un hombre con quien fuera difícil entablar amistad. De cinco á siete, todos los días, en lugar de ir al salón á oír la música y tomar té, se iba al café del hotel, se sentaba en un rincón, y allí, viendo jugar al billar, bebiendo unas copas de coñac y charlando con algún huésped, pasaba, y hacía ganas de comer. Como trabajaba poco y holgaba mucho, hacía muchas amistades.

Allí conoció á un joven inglés llamado Gaynsford, con el cual, á fuerza de tomar trago tras trago, había intimado grandemente.

Era el inglés persona bien educada y de buena posición, á juzgar por lo que gastaba; vestía con elegancia, era alegre, listo y bastante entendido en el negocio de lanas, por lo cual solían echar largas parrafadas.

El día en que encontramos á Coulson en el Grand Hotel, de París, los dos huéspedes estaban juntos, y después de haber charlado de negocios durante un buen rato, acordaron cenar juntos y largarse después á echar una cana al aire.

Después de haber comido una ex-

celente comida, que pagó el joven inglés, se dirigieron á las Folies Bergères, donde al inglés se le desataron unas ganas locas de beber, para entrar en calor, según él decía.

El americano, que tampoco hacía asco á los líquidos, como no fuera al agua, seguía su mismo compás, así es que á media noche se abrazaban. Ya eran íntimos amigos.

Gaynsford propuso á Coulson recorrer los restaurants elegantes y cenar donde hubiese más animación y mejor mujerío.

El americano, siempre dispuesto, aceptó.

A las tres de la mañana el americano parecía que estaba en el mejor de los mundos, sin ocuparse para nada de las lanas ni de las cardadoras dando de vez en cuando tremendas cabezadas que le hacían abrir los ojos desmesuradamente á cada sacudida. Gaynsford, que media hora antes charlaba por los codos, cantaba y alborotaba, enmudeció de repente y tomó una apariencia seria y formal de verdadero inglés.

Con objeto de evitar que nadie se metiera con el americano, un poco más que peneque, se acercó á él y casi abrazándole, le empezó á palpar los bolsillos, diciéndole:

—Aquí hay gentes de todas clases—estaban en el Baile Tabarín—y si sigue usted bebiendo así sabe Dios á dónde va ir usted á parar. Yo procuraré no separarme de su lado, pero por si acaso, si lleva algo de valor encima, dónelo para que se lo guarde, que yo no he bebido tanto.

—Tiene usted razón—contestó el viejo inclinándose á un lado—. Coja mi cartera, la tengo aquí—lijo señalando el bolsillo interior del frac—. Hay quinientos francos, y el plano de una máquina que vale mucho; que no se pierda.

Gaynsford cogió la cartera, la examinó su contenido y vió que tenía lo que su compañero le había dicho.

—¿No tiene usted nada más que valga la pena de guardar?—le dijo al oído—. Ya sabe usted que hay plena confianza. Algunos papeles de importancia ó cosa por el estilo.

Mr. Coulson, que ya se iba cansando de aquella farsa, se sentó derecho en su asiento. Probablemente en el Baile Tabarín no se había sentado en aquella silla, hombre más cabal que el yanki.

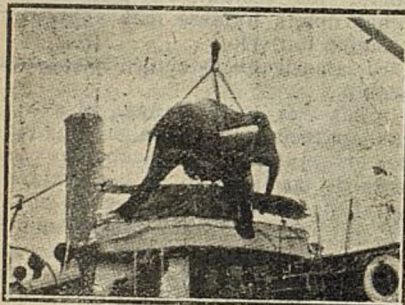
—Y si tuviera algo de eso que dice—replicó sin tartamudear y con la lengua bien espedita—. ¿Y si tuviera, le importaría á usted algo?

El joven inglés quedó estupefacto y no pudo disimularlo, pero pronto se rehizo y comprendió con quién tenía que habérselas. El primer juego de la partida lo había perdido.

—Es usted demasiado buen actor, señor Coulson, y puesto que nos he-

COSAS RARAS Y NUEVAS

El elefante es un animal que se da cuenta de su enorme peso, así



CARGAMEN- TO DE ELE- FANTES

es que para embarcarlos se pasan mil dificultades, pues es raro que uno de esos animales se aventure á cruzar una plancha, temeroso de que se rompa y caiga al agua.

Hoy la mejor manera de hacerles embarcar, es por medio de grúas, como si fueran fardos. Con cadenas, cuerdas y colchones, se sujeta al elefante por la tripa, y se embarcan con facilidad.

En nuestro grabado se ve uno de esos enormes animales en el momento de ser izado para depositarlo en el puente del barco.

Siempre pintorescos los japoneses, no dejan de serlo cuando un nuevo súbdito del Mikado, viene al mundo.

CUANDO NACE UN JAPONES

En el momento en que una japonesa da á luz un japonesito, los padres colocan en la puerta de la casa dos pértigas de bambú, unidas por un alambre, del cual cuelgan varios peces de colores



de papel, que flotan al viento y anuncian á los transeúntes el fausto acontecimiento.

No hay nada mejor para evitar que los estanques crien cieno, algas y espuumas, que el sulfato de cobre, pero hay que usarlo en las proporciones debidas, pues de lo contrario se envenenarían los peces. La proporción es de uno á un millón.

En los jardines de Kew se usa este procedimiento constantemente, y da muy buenos resultados.

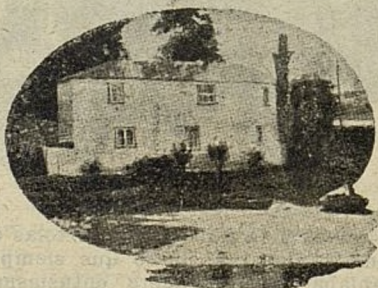
El sulfato de cobre se mete pulverizado en un saco, se cuelga de un bote de manera que entre en el agua y se recorre el estanque hasta que se disuelva.

En el estanque del Parque Saint James, se ha conseguido que durante dos años se conserve el agua pura.

¡Qué ideal! ¡Una casa que no pague contribución! ¿Dónde se encuentra esa ganga? Pues ese domicilio existe en Newport.

LIBRE DE CON- TRIBUCION

Sobre una antigua y vieja barcaza, un ingenio.



so ha construido una casa de madera con bastantes comodidades y se ha dedicado á la cría de patos ¡qué mejor sitio!, que le producen una renta bastante crecida. Además de no pagar contribución, la casa como se ve produce, y además tiene la ventaja de que el lavado de la ropa se hace desde la puerta de la casa, y la lancha espera á los amos en la entrada como en las casas venecianas. ¡Una delicia!

Hay un país en el mundo donde las distancias no se miden ni por leguas ni por kilómetros, ni por horas, y este país está en Europa.

Esto ocurre en los campos de Schleswig-Holstein, en Alemania, donde las distancias se miden por pipas. De aquí á tal punto, dicen hay dos, tres, cuatro pipas, según el número de ellas que se pueden fumar mientras se hace el recorrido.

Las distancias cortas se cuentan por ladridos de perro.

Un pueblo que diste un par de kilómetros está á la distancia de tres ladridos.

Un verano, una rica señorita llamada Beatriz Priest, llegó á una de



HOTEL DE VERANEO

Por más que hizo, le fué imposible encontrar alojamiento.

Pero como esa señorita tenía un poco de aragonesa, no se amedrentó y se dijo: Yo veraneo aquí.

Cogió su automóvil, lo llevó á la playa, compró un toldo y arregló un diminuto hotel, que de día servía de caseta de baño y de noche de albergue. No hay, pues, que apurarse; el veraneo está solucionado. Pero hace falta por lo menos tener auto.

Aunque no es completamente nuevo el monóculo en las señoras, en la actualidad se ha

LAS SEÑORAS Y EL MO- NOCULO

hecho una costumbre muy generalizada en Londres. Basta darse un paseo por la calle Bond, de Londres, para encontrar multitud de damas con el ridículo lente en el ojo. El monóculo de las señoras es, generalmente, un poquito más pequeño que el de los hombres, y lleva un arito de oro, aunque también los llevan de cristal únicamente.

Después de los cuellos altos, las



levitas, la falda-pantalón, el bastón y el monóculo, ¿qué se les ocurrirá llevar después?